

TAMBIÉN UNA
LOS BLANCOS NOVELA KALAF
SABEN BAILAR MUSICAL EPALANGA



KALAF EPALANGA
TAMBIÉN LOS BLANCOS
SABEN BAILAR

Traducción de Juan Cárdenas

Título original: *Também os brancos sabem dançar*

© Kalaf Epalanga, 2017

Publicado de acuerdo con Literarische Agentur Mertin Inh. Nicole Witt e. K., Frankfurt am Main, Alemania

© por la traducción, Juan Cárdenas, 2020

Corrección de estilo a cargo de Clara González

© Editorial Planeta, S. A., 2020

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2020

ISBN: 978-84-9998-790-3

Depósito legal: B. 3.389-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Svinesund, 9 de agosto de 2008

Cuando el cañón de las armas calla,
el kuduro también habla,
porque la voz tiene más poder que la bala.

BRUNO M.,
Já Respeita Né!

07:26 h

Debí de haberme distraído con los versos de Bruno M., porque no me di cuenta de que el autobús aminoró la velocidad y aparcó en la orilla de la carretera, en medio de un verde exuberante. Tampoco me percaté de en qué momento atravesamos el canal de Svinesund, que separa Suecia de Noruega, a través de un nuevo puente erigido sobre el Iddefjord y bautizado con el mismo nombre que el antiguo puente vecino: Svinesund. Me habría gustado verlo, pues nunca antes he viajado por tierras del norte. Estamos a ciento trece kilómetros al sur de Oslo y a ciento ochenta kilómetros al norte de Gotemburgo, donde la noche anterior, en el festival Way Out West, en medio de las ciento treinta y siete hectáreas del parque Slottsskogen, una multitud de rubios suecos, alegres e inesperadamente obedientes bailaban frenéticamente con nuestra mezcla de kuduro, house y tecno tropical como si aquel fuera el último agosto de sus vidas o el día del juicio final y las ciudades de Luanda y Lisboa no les resultaran tan lejanas, tan desconocidas.

La puerta se abrió y dos agentes de la policía, ambos vestidos de paisano, con las placas colgadas del cuello, subieron al autobús.

El hombre, rubio y alto como solo los vikingos logran ser rubios y altos, se presentó a los pasajeros. No recuerdo sus palabras exactas, pero en aquel instante volví a repetir en mi cabeza la respuesta que había ensayado decenas de veces por precaución, no fuera a encontrarme con agentes de fronteras en algún punto de los tres mil quinientos kilómetros de carretera recorridos desde Lisboa. Viajaba sin pasaporte, pues lo había perdido unas semanas atrás, no sé dónde, en un hotel de París. Una pesadilla que, a esas alturas, nos había obligado a cancelar varios bolos en el momento más álgido del verano, porque las desgracias no llegan solas a las fiestas, como ya se sabe, siempre traen un acompañante: soy ciudadano de Angola. Cuando se es un angoleño común y corriente, la última cosa que uno querría perder son sus documentos. Ojalá hubiera sido el teléfono, la maleta, el ordenador, pero no el pasaporte, porque eso significaba que tendría que viajar hasta Luanda, encontrar un tramitador, pagar la tasa de urgencia y rezar para que Kianda, nuestra santa Ifigenia, diese su bendición a los ordenadores del Servicio de Migración y Extranjería para que el sistema no fallara.

Y le recé, le imploré al santo Elesbaán y a san Benedicto para no titubear, para que no me fallara la voz cuando llegase mi turno de mostrar los documentos, para que la mentira que había preparado para la ocasión resultara convincente. Pero no fue así. Mostré mi carné de residencia y el rubio lo miró con desconfianza y me pidió el pasaporte. Mentí, dije que lo traía en la maleta. La agente, una mujer morena con aires de luchadora de yudo, que ya había verificado la documentación de los demás pasajeros, se acercó a nosotros. Aparentemente, yo era el único a bordo con unos papeles sospechosos. Tengo la certeza de que ningún otro extranjero con papeles de residencia emitidos por los Servicios de Extranjería y Fronteras de Portugal había atravesado jamás esa frontera.

El rubio, que bien podría haber estado entre el público de la noche anterior, me pidió que fuera a buscar el pasaporte y ordenó al conductor que abriera el compartimento del equipaje. Los dos agentes me escoltaron hasta mi maleta, y en aquellos escasos me-

tros incluso pensé en retractarme y decir la verdad: confesar que no llevaba el pasaporte conmigo y que lo único que tenía para enseñarles estaba caducado, tan gastado por el tiempo que nadie jamás en su sano juicio me habría permitido seguir mi camino con un documento en semejante estado. Además de haber caducado cuando Jonas Savimbi todavía respiraba, en lugar de foto había un retrato que más bien parecía una pintura del maestro expresionista Willem de Kooning.

Con las piernas temblorosas, pero con la postura más confiada que alguna vez ostenté, les extendí el pasaporte, así, con mi mejor *cara podrida*, como dicen en Angola, y mi gesto audaz, irresponsable, debió de encender todas las alarmas en la cabeza de aquellos dos agentes. Solo un loco o un criminal de primera categoría se atrevería a cruzar toda Europa en autobuses y trenes con la desfachatada disculpa de que es miembro de una banda musical lisboeta y que esa noche tiene un concierto en uno de los festivales de música electrónica más emblemáticos de Europa. Ni yo mismo me lo habría tragado.

Los agentes me invitaron a recoger mi equipaje y a acompañarlos hasta la estación de policía más próxima para realizar las averiguaciones pertinentes. No dije una palabra; sentía el sudor brotando de mi frente, la boca seca, el corazón desbocado. Estaba seguro de que cualquier movimiento brusco me haría vomitar.

Nadie me había obligado a convertirme en misionero para recorrer el mundo, como una especie de mormón, divulgando el evangelio del kuduro. Los dos agentes no habían intercambiado una sola palabra desde el autobús y en medio de tanto silencio incluso pensé en explicarme, algo entre implorar por mi libertad y decirles la verdad, toda la verdad. Pero... ¿qué verdad? ¿De qué me serviría explicarles el kuduro?

Desde luego, los dos agentes no estarían interesados en mi verdad. Si lograra poner en la misma frase los movimientos pélvicos de Van Damme, Tailandia, Luanda y Bélgica, campeonatos de muay thai y *raves* en Lisboa, como mínimo pensarían que formaba

parte de una red de crimen organizado capaz de operar en tres continentes. Guardé silencio y me quedé mirando el paisaje. Tal vez aquella sería mi última oportunidad de ver Escandinavia. Habría dado cualquier cosa por estar solo, por perderme en aquel verde y pensar con libertad. Kuduro, pasaportes... ¿seré libre?

Estoy aquí porque lo elegí, pero al mismo tiempo mi elección es, en última instancia, un factor inhibidor de movimientos. Tu vieron que pillarme sin documentos en una frontera para descubrir mi condición de prisionero. El kuduro me mostró el mundo, gracias a él visité lugares que nunca siquiera imaginé conocer. Ni siquiera necesitaba escuchar la sentencia, una sentencia que me habían impuesto en el momento de embarcarme en este viaje. Poco importaba lo que me esperase en aquella celda.

La voluntad de clamar mi inocencia se disipó de repente.

7:30 h

Jean-Claude Van Damme fue la epifanía. En una de las escenas de la película *Kickboxer*, uno de los filmes de artes marciales que más debate generó en mi infancia en Benguela, y que llegó a convertirse en uno de los favoritos de mi generación, el actor belga, el mismísimo rey de los *splits*, baila embriagado al son del tema *Feeling So Good Today*, de Beau Williams, acompañado por dos tailandesas.

La icónica escena de Van Damme bailando de manera desgonzada y sin ninguna gracia, moviendo el cuerpo sin sacudir las ancas, que parecían rígidas o tiesas, encendió no sé qué luz en la mente de Tony Amado, nuestro Joseph Smith Jr., quien, usando el molde rítmico de esa cosa electrónica a la que llamábamos *batida*, brincó inspirado hacia el sintetizador y produjo de una sentada el clásico *Amba kuduro*, un homenaje a la *musa* Jean-Claude. Y fue así como nació el kuduro, tanto el género musical como el baile.

Aquella sugerente coreografía acabaría por convertirse en el

vehículo de expansión del kuduro, una danza cercana al break dance norteamericano que no se reprime a la hora de apropiarse de pasos de baile originarios de otras latitudes africanas como el ndombolo del Congo, o de elementos plásticos reconociblemente angoleños, procurando, de forma natural y progresiva, un acabado musical en el que la melodía y la armonía quedan relegadas a un plano secundario, poniendo el énfasis en el ritmo y la palabra inusitada.

Vaca Loca y Salsicha, bailarines que acompañaban tanto a Tony Amado como a Sebem, otro de los pioneros del kuduro, son dos nombres de referencia imprescindibles que llevaron a su apogeo la plástica más arrojada de esta danza acrobática.

7:42 h

Miré sin miedo a los dos agentes y pensé que algo así tenía que ocurrir algún día, considerando lo que la música nos obliga a hacer. He desafiado a seguratas, auténticos cachas que en otras circunstancias me habrían partido en dos, pero, como tenía un micrófono en la mano, no dudé en irrespetar su autoridad y grité para que dejaran subir al escenario a los fans más eufóricos.

Entre la lista de mis peores martirios, los causados por la policía no son casi nada cuando los comparo con los que me provocaron los funcionarios de los consulados. A esos sí les tengo miedo, me dan escalofríos solo de pensar en ellos. Siempre que tengo que pedir una visa, la noche anterior a la visita al consulado o embajada, tengo pesadillas. Por la mañana me visto muy serio, con esa clase de ropa ante la cual nadie diría, en suma, que vivo del kuduro. Me presento siempre un par de horas antes de la cita, con la postura y el talante de un niño devoto en su primera comunión.

Mis amigos me dicen que me case para acabar de una vez por todas con mis visitas a las embajadas. Pero ¿casarme por los papeles? La idea ya se me había ocurrido, por supuesto, y hasta tenía

una candidata: Sofía, de cabellos dorados y con *tumbao* para bailar. Si no supiera que había nacido en Río de Mouro, diría que era una de esas benguelesas de origen portugués que el 11 de noviembre de 1975 se olvidaron de regresar a la metrópoli. Pero no es así como lo había imaginado... Además, en estos asuntos prefiero ser lo más hortera posible. Llevar a mi futura novia de paseo a algún lugar bonito, arrodillarme, sacar del bolsillo el anillo de compromiso y pedirle que acepte llevar mi apellido y me aguante hasta el último suspiro. Palabras improvisadas en el momento, con pausas, dudas, las manos sudorosas, la voz grave y las piernas temblorosas. Luego nos arrodillaríamos los dos, no sea que el diablo se entreviera con nuestras piernas y nos haga perder el equilibrio. El que inventó la providencial genuflexión de las peticiones de mano sabía lo que hacía.

En muchas ocasiones pensé en desistir. A nadie le gusta que lo humillen cada vez que necesita solicitar un visado. Sin embargo, pienso de inmediato en la gente que escucha aquello que mis cómplices musicales y yo creamos en aquel sótano del tranquilo barrio de Campo de Ourique, pienso en los profesionales que dedican todo su tiempo a dar forma a los sonidos que moldeamos, en el escenario, en el estudio, en el vídeo. Pienso en las familias de esos profesionales, que pasan casi todas las noches con nosotros, dando oxígeno a las ideas que surgen de nuestras conspiraciones. Pienso en todas las personas que llenan las salas de conciertos siempre que visitamos sus ciudades, en las que compran los discos, las que pagan la entrada para vernos. Y me siento responsable por cada una de ellas. No estar presente, no poner todo de mi parte, es una especie de traición. Intento no sonar dramático. Lo que me da derecho a lamentarme sobre mi condición de extranjero cada vez que parto a la conquista del mundo más allá del río Miño —o, en mi caso, y de acuerdo con mi nacionalidad, más allá del río Zaire— no es precisamente que en mi declaración de la renta figure la profesión de músico.